

# De la finitud y el sentido de la vida: *apuntes sobre la narrativa de Severino Salazar*

## RODRIGO MARTÍNEZ MARTÍNEZ

Cuando Severino Salazar (Tepetongo, 1947) arriba a las letras mexicanas con la novela *Donde deben estar las catedrales* –Premio Juan Rulfo para primera novela 1984– dos elementos caracterizan su literatura: un patriotismo amoroso dedicado a Zacatecas; y una visión de la existencia humana cargada de elementos fatalistas y nociones de existencialismo. Mas su obra, especie de nueva corriente de regionalismo literario en México, es la continuación de un par de tradiciones definitorias en la literatura nacional durante el siglo xx: Agustín Yáñez y Juan Rulfo, especialmente por el tratamiento de los personajes, su condición y, también, por la estética de las obras.

Desde que Salazar se presenta en el panorama literario de México, la crítica reconoce que su obra posee influencias tales como William Faulkner y los ya mencionados Rulfo y Yáñez. El autor de *El mundo es un lugar extraño*, como Jesús Gardea (*Los viernes de Lautaro*) y Daniel Sada (*Registro de causantes*), se distingue porque toda su obra se ubica en una región de provincia. A esta condición geográfica se añaden, como elementos caracterizadores, el que estos narradores



concentran los argumentos de sus obras en personajes de su entorno social y, en muchos casos, recurren a las formas de habla y los giros del lenguaje de sus localidades. El resultado, un nuevo regionalismo que, por distintos caminos, pretende universalidad.

En *Donde deben estar las catedrales*, relato ambientado tanto en la ciudad como en el pueblo de provincia, Salazar recurre a un personaje derivado de las letras mexicanas en las primeras décadas de la centuria pasada, el cacique: se trata de Crescencio Montes, mercante de una población remota quien, al igual que su competidor, Baldomero Berumen, se enamora de su empleada, Máxima Benitez. Ambos, objeto de una tragedia cargada de símbolos de lo fatal, son el primer dejo de una visión literaria próxima a los grandes absurdos de mediados del siglo en Europa: los de Albert Camus y los de Jean Paul Sartre. Incluso, entre los episodios de la novela, cuya segunda parte sustenta el retorno al terruño como otra decadencia, surge la figura de Sísifo en una mujer llamada Juana Gallo, quien empuja un barril hacia la cúspide de un monte.

En la última novela de Severino Salazar, *El Imperio de las flores*, la historia de Paulina Zúñiga, quien aparece con anterioridad en los cuentos de *Las aguas derramadas* para dar forma a una leyenda local, vuelve a surgir al igual que Sísifo en la forma de Juana Gallo. Se trata de una novela psicológica, muy al estilo de Luisa Josefina Hernández en obras como *El lugar donde crece la hierba* y *Nostalgia de Troya* donde el monólogo interior, lírico y decadente, asoma como la podredumbre de la existencia humana. Así, la mujer, cuyo espíritu se advierte como un derivado de las flores, en especial el nardo, llora un amor perdido (Pedro de Osio) y, también, experimenta una metamorfosis.

Esta novela, como en *Desiertos intactos*, vuelve a recurrir al concepto de soledad y, por consecuencia, a la sensación de que lo humano está condenado al desierto de sí mismo; es decir, a la fatalidad, al absurdo. Pero si

en *Desiertos intactos* la narración paralela de la vida de un anacoreta de la Nueva Galicia y otro de Zacatecas se distorsiona por el exceso de símbolos, en *El imperio de las flores* Salazar vuelve a expresar no sólo su visión estética sino también un personaje más tangible, metido sin calzador y, sobre todo, pleno.

El regionalismo de Salazar, cuya semántica es la lucha desesperada por hallar el sentido de la existencia, se alimenta en esta novela del escenario, las flores (el nardo que es oriundo de México) y, de nuevo, los símbolos. Paulina Zúñiga, al igual que en “No hay muerte mayor” de *Las aguas derramadas*, es un jardín; es decir, el símbolo de la conciencia, el orden y, como lugar de las flores, el centro y el espíritu. Pero como en toda visión del fin, muy al estilo rulfiano, el jardín fenece y el desorden impera en él hasta convertirlo en un desierto. El alma, caracterizada por la flor, se torna fin; fin materializado por la demencia y la orfandad que padece la protagonista.

*El imperio de las flores*, obra de un regionalismo minúsculo ante novelas como *Desiertos intactos* o *El mundo* es un lugar extraño, es una de las obras mejor logradas de Salazar pues el espectro psicológico de su protagonista convence y, el uso de símbolos para un segundo nivel de lectura, no es abrumador como en las dos obras anteriores. Además, el lenguaje, lírico, semejante a la dramaturgia griega, es efectivo y, a diferencia de *Pájaro* vuelve a tu jaula, donde unos muchachos realizan una travesía al estilo Faulkner (*Mientras agonizo*), las voces no parecen falsas.

En esta última obra Salazar demuestra lo que ha buscado desde 1984: convertir a Zacatecas y sus poblaciones en un escenario de letras universales. Para ello, el autor de *La arquera loca* ha recurrido a mitos universales, a la intertextualidad literaria (como en el cuento “*El Mayate*” de *Mecanismos de luz* y otras iluminaciones con referencias sobre Kafka y Monterroso, entre otros) y a la reconstrucción de una especie de región imaginaria deli-

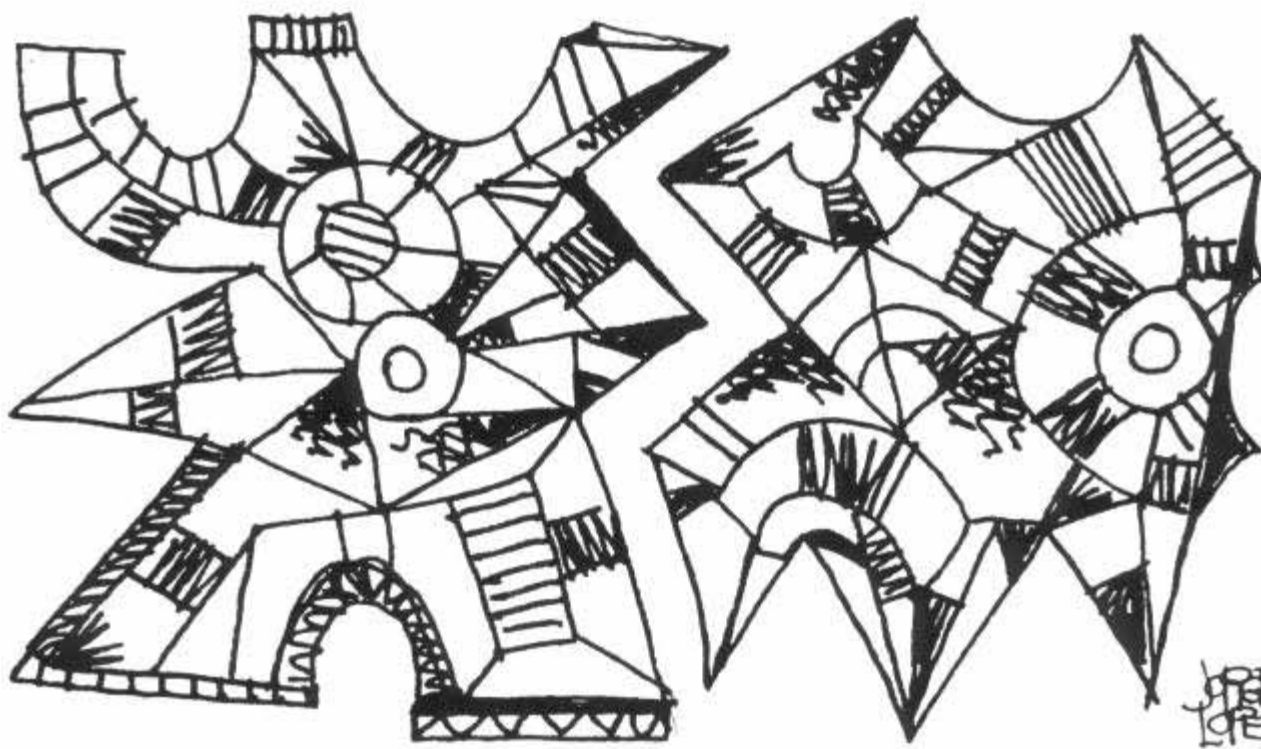
mitada por sus propios personajes; lo cuales, aparecen una y otra vez en sus obras. Ello, como hace Juan Rulfo con Comala y Jesús Gardea con Delicias, da como resultado una geografía muy semejante al Yoknaphataupha faulkneriano.

Así, El imperio de las flores responde al Sísifo de Donde deben estar las catedrales pues, de pronto, la protagonista de la tragedia, del absurdo, quien batalla contra la finitud como lo hace Juvencio Nava en "Diles que no me maten" de Juan Rulfo, tiene, de pronto, un sentido para la existencia ya que, el barril que ha empujado a la cima del cerro, está cargado de vida para los jardines; es decir, es la avanzada contra las huestes del desierto; o bien, de la fatalidad.

Aunque Salazar no ha logrado superar la novela Donde deben estar las catedrales, continua creando un espacio narrativo donde ensambla símbolos, leyendas, algunos giros de lenguaje y localidades como Tepetongo,

Jerez, Juan Chorrey, Fresnillo, Juchipila y San Pascual. A partir de su obra ya es posible construir un género de nuevo regionalismo en México, heredero de dos de los más fuertes linajes de las letras nacionales y, también, influido por modelos literarios estadounidenses que, durante su apoteosis, recogen las técnicas de James Joyce, las ideas de la filosofía impulsada por Kierkegard, Heidegger y Camus así como elementos de la antigua épica en Grecia.

El imperio de las flores, continuidad del modelo salazariano parece cerrar un ciclo pues explica el destino de un personaje surgido hace dos décadas; época en que nace la carrera literaria del autor. Pero esta obra resulta una evidencia más de lo que su autor ha logrado: se trata del novelista de lo fatal, se trata el cuentero de Zacatecas pero, sobre todo, de un dialogador con los símbolos universales quien siempre resulta interesante durante la lectura.



Jorge López